

**ANTONIO CRAVOTTO**  
**In memoriam**

*Carlos Jones Gaye*

En nombre de la Academia Nacional de Letras, debo hacer uso de la palabra para despedir a este tan admirado como querido colega, que ocupó el sillón “José Pedro Varela”, que desempeñó por dos períodos consecutivos la presidencia de la corporación, a quien correspondió también integrar el jurado del Premio Cervantes y que fue distinguido con los nombramientos de Miembro de Honor de la Fundación San Millán de la Cogolla y de Académico Correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

A todos nos resulta natural asociar a Cravotto con la arquitectura, la plástica o las artes en general. Quizás a muchos les resulte difícil imaginar lo inmerso en una institución dedicada a lo idiomático.

La explicación debemos buscarla en su personalidad y en su persona. Cravotto fue un académico que se hizo notar desde su ingreso a la Academia, porque, si bien no integraba el grupo de los lingüistas ni el de los literatos, estuvo siempre alineado en el de los más asiduos, en el de los más dinámicos y, especialmente, en el de los más pensantes.

Su vida interior era demasiado rica, su mente demasiado lúcida. Por eso su pensar era imparable, cuestionador, incansable en la búsqueda del argumento y del contraargumento; por eso, demolía la construcción mental que acababa de edificar para volver a reiniciar su tarea de artífice de un nuevo pensamiento, de una propuesta distinta.

Pero, además de su intelecto brillante, poseía la solidez de su cultura de humanista, su erudición, su virtud de lector selectivo y memorioso de narrativa y de poesía.

Por ello, pudo ganarse un lugar bien merecido en la Academia, por eso supo ocuparse y preocuparse por la difusión del idioma, por los problemas que plantea la macro o la microestructura de un diccionario, por el lenguaje de los medios de comunicación, por el funcionamiento de la Asociación de Academias de la Lengua Española, por el intercambio de becarios y especialistas o por la necesidad de dotar a nuestra Academia de una sede definitiva.

Cravotto fue un académico así, pero, por sobre todo o antes que todo, fue un ejemplar de hombre como hay pocos, con raras virtudes y excepcional fineza de espíritu.

Los dos períodos en que lo acompañé integrando la Mesa de la Academia me permitieron una cercanía de trato que me hacen insoslayable el no detenerme un instante en recordar a ese ser humano.

La relación casi ritual de los primeros tiempos de colegas de Academia fue progresando en la tarea compartida hacia un compañerismo que, fortalecido por momentos muy gratos y otros muy ingratos, pero siempre alimentado en el compromiso con la institución, fue transformándose en una amistad de vínculo respetuoso, creciente en sinceramiento y en calidez.

Así, pues, al trabajar con él en cercanía, pude ir descubriéndolo.

Cravotto era un hombre tímido, pero no nos confundamos, era auténticamente humilde. Mucho nos costó convencerlo para que fuera presidente y, si aceptó al fin tan alto cargo, fue porque llegó a la convicción de que aquello era un acto de servicio, servicio que no fue el primero ni sería el último, ya que era generoso para darse y su disposición a brindarse a la Academia fue permanente.

Lo vi condolerse con el sufrimiento ajeno y la simple posibilidad de ocasionar el más leve daño lo conmovía profundamente, llevándolo a pensar y a repensar hasta casi agotarse antes de actuar.

Pensando en su vivencia cristiana, no dudo en aplicarle aquellas palabras de texto religioso medieval: *“la sabiduría del justo consiste en no hacer nada por vana ostentación, en amar lo verdadero y evitar lo falso, en practicar gratuitamente el bien, en sufrir los males antes de hacerlos a los demás, en no buscar ninguna venganza por las injurias recibidas”*.

Cravotto era un hombre pacífico, empeñado en construir la paz, no la paz de los quietistas, sino la proclamada por Isaías, aquella que es fruto de la justicia. En esto, quizás, se asentaba su firmeza y aun la serenidad que podía llegar a transmitir aunque él estuviera viviendo en las más terribles indecisiones.

¿Cómo no comprender que un hombre así haya sido para la Academia un miembro invaluable al que hoy lloramos con entrañable afecto?

*“Se muere el árbol, pero libre al cielo, queda el sonoro espacio de su copa”*. ¿Con qué justeza podríamos repetir en esta hora esos sentidos versos de Alberti ante la muerte de un amigo!

Se ha muerto Cravotto, podemos agregar nosotros, pero nos quedan la majestuosa presencia de su integridad, la musical transparencia de su proceder, las ganas incontenibles de intentar crecer a su estatura.

Y al ver el cielo, azul de cielo que se nos regala hoy con este dolor de invierno que ya es, según creía Cravotto, esperanza de interminable primavera, me atrevo a decirle, también con el poeta:

*“En él estás, en él ondeas, puro, en él, insignes, cantan tus trabajos”.*

Montevideo, 30 de agosto de 2000.